

ELEONORA BABBO
VINCENZO GALLI

Ilustraciones de
FRANCESCA CARABELLI

LOS RESISTO SAURIOS

LA LLUVIA APESTOSA







¡GARRAS



EN ALTO!

VALLE SOÑOLIENTO





VOLCÁN ERUCTAHUMO

SELVA
DE LAS
SOMBRAS

PRADO DE
LAS COLAS
DE CABALLO
OCIOSAS

CATARATA
CATERINA

GUARIDAS
PALAFITO

LAGO
LETARGO

BOSQUE
GRUÑÓN

LABORATORIO
DE
CRÁNEO



Título original: *I Resistosauri. La pioggia puzzosa*

Texto © 2025 Eleonora Babbo y Vincenzo Galli

Ilustración © 2025 Francesca Carabelli

Primera publicación en 2025 por Editrice Il Castoro, Srl, Viale Andrea Doria 7, 20124 Milano (Italia) www.editriceilcastoro.it info@editriceilcastoro.it

A partir de una historia de Book on a Tree.

© 2025 Editrice Il Castoro, Srl. Todos los derechos reservados.

Derechos de traducción negociados por mediación de Ute Körner Literary Agent

© Traducción: Marinella Terzi, 2026

© Edición: Edebé, 2026

Paseo de San Juan Bosco, 62

08017 Barcelona

edebe.com

Directora de Publicaciones: Reina Duarte

Editora: Elena Valencia

1.ª edición, septiembre 2026

ISBN: 978-84-683-7924-1

Depósito legal: B. 11826-2026

Impreso en España/Printed in Spain



PEFC/14-38-00352

PEFC Certificado

Este producto
procede de bosques
gestionados de forma
sostenible y fuentes
controladas

www.pefc.es

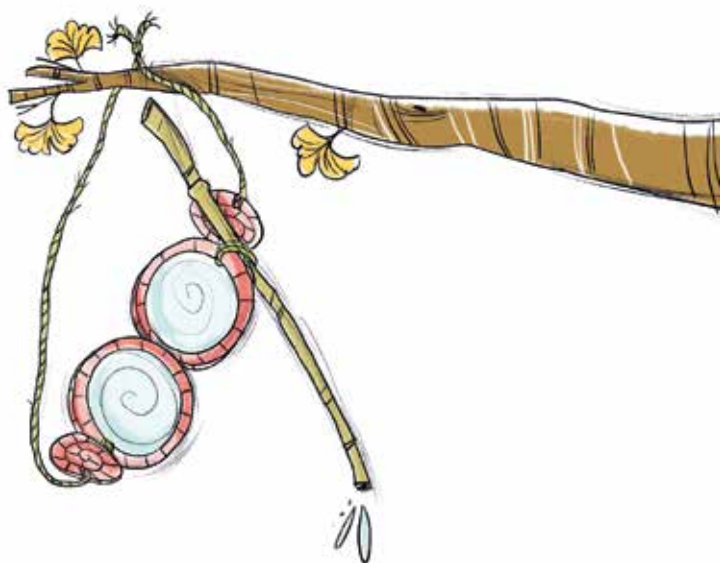
Queda terminantemente prohibido cualquier uso de esta publicación para entrenar tecnologías de inteligencia artificial (IA) generativa. El autor y el editor se reservan todos los derechos de licencia de uso de esta obra para dicho fin y para el desarrollo de modelos lingüísticos de aprendizaje automático.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ELEONORA BABBO

VINCENZO GALLI

LOS RESISTO SAURIOS



LA LLUVIA APESTOSA

Ilustraciones de FRANCESCA CARABELLI

Traducción de MARINELLA TERZI

edebé



¡ENTRA EN LA PANDILLA

Están fuera de sí, tienen garras, mucha hambre y sobre todo... ¡se niegan a extinguirse!



LORD

Vanidoso y elegante, descende de una antigua noble estirpe de protozoos luminiscentes. De sus antepasados heredó un collar luminoso que a menudo despliega para exhibirse. Le apasionan los baños de fango y odia saltarse las siestas: el cansancio provoca arrugas. Y las arrugas son muy vulgares.



DE LOS RESISTOSAURIOS!



REGINA

Imponente, con una voz ronca que provoca escalofríos y una hilera de dientes afiladísimos.

Y, sin embargo, Regina solo ve sus brazos

cortos, demasiado

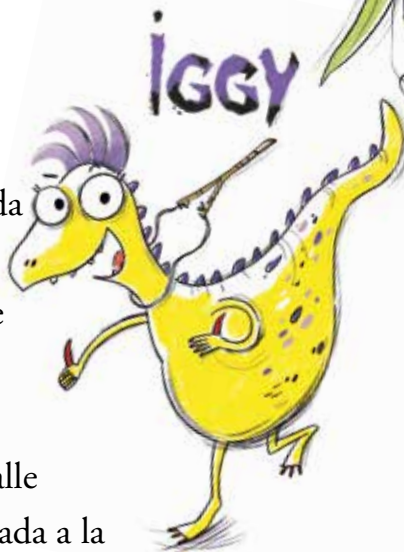
cortos, tan cortos que se siente inútil y no es capaz

de comprender la gran cantidad

de recursos de los que dispone y que todos esos límites que cree tener están solo en su cabeza.

IGGY

Enérgica y más testaruda que una roca sedimentaria, no quiere adaptarse al ritmo de continuas siestas que determina la vida de Valle Soñoliento. Recién llegada a la aldea tras años de peregrinaje con sus padres, no consigue estarse quieta. Sus pulgares provistos de garras siempre andan a la busca de un nuevo invento que crear, una aventura que afrontar, una piña que encontrar.



BRITTA

Es difícil no hacer enfadar a Britta Chichón. Desconfiada y rabiosa, tiene por instinto resolver los problemas destruyendo las cosas. Su lengua hiere tanto como su cola, pero bajo todas sus escamas y bultos oculta un corazón leal. Sin embargo, a veces, la rabia no es suficiente. Y cuando el miedo





es demasiado fuerte,
pierde el control y cede
a la superstición.

TROCCO

Tímido y crédulo, cuando está
asustado balbucea. Lo aterroriza
todo, incluso sus propios
cuernos, tanto que duerme
con cubrecuernos para evitar
herirse accidentalmente.
Pero, cuando Iggy llegó a
la aldea, fue el primero que
se atrevió a tenderle la pata
a la recién llegada.







1

LO HACEN TODOS, *PEDO* YO NO

Una garra apartó los helechos, una cresta violácea se levantó para sentir el viento.

Era Iggy: la cría de iguanodonte, aprendiz de inventora, coleccionista de piñas.

—Resistosaurios —dijo—, ¡esta vez lo hemos encontrado!

—Ya lo has dicho hace seis arbustos —replicó Trocco, su amigo triceratops, sacudiendo sus tres cuernos—, no sé si aguanto más.

—Yo tampoco puedo más —rugió Regina, la joven T-Rex.

—Hoy todos nuestros sitios preferidos están ocupados —resopló Iggy.



¿Qué estaban buscando las crías con tanta
impaciencia en la espesura del Bosque Gruñón?
¿Un charco enlodado donde revolcarse?
¿Un bosquecillo de pinos cargados de piñas
crujientes? ¿Una nueva aventura que vivir
a hocico abierto?

No, les unía una necesidad más acuciante.
Demasiado acuciante.

—¡Crucemos las colas! —les instó la
iguanodonte—. Ahora os llevaré al claro más
tranquilo de todo Valle Soñoliento.

Pero en cuanto Iggy movió una pata...

—¡Ocupado! —chilló tras la mancha verde
una voz temblorosa. Era Flema, la anciana
velociraptor de huesos anquilosados.

—¿Tienes para mucho rato?

—Soy vieja, no tengo otra cosa que hacer.
Si quiero, me quedo aquí todo el día. ¿Lo has
entendido, pequeña cresta impertinente?

—Yo sí que lo he entendido, pero mi tripa
tiene prisa. ¡Atiende! —¡BLOOOARB! bramó
el intestino de Iggy—. La situación es

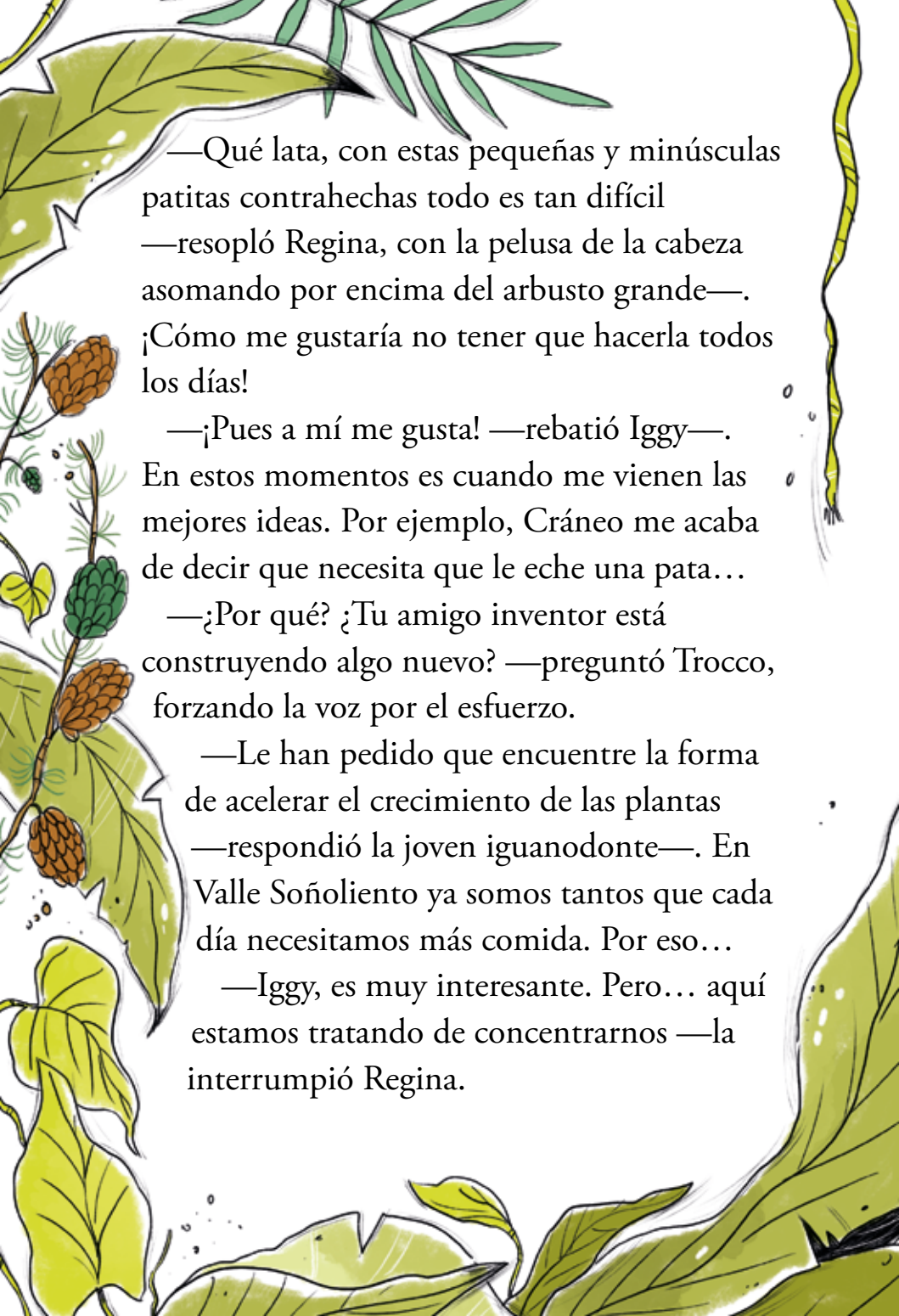


desesperada —dijo volviéndose hacia sus amigos, pero estos habían desaparecido—. Eh, ¿dónde estáis?

Dos arbustos, uno grande y uno escuchimizado, temblaron por toda respuesta.

—Tendría que co-comer menos pi-piñas —se quejó Trocco detrás del arbusto pequeño.





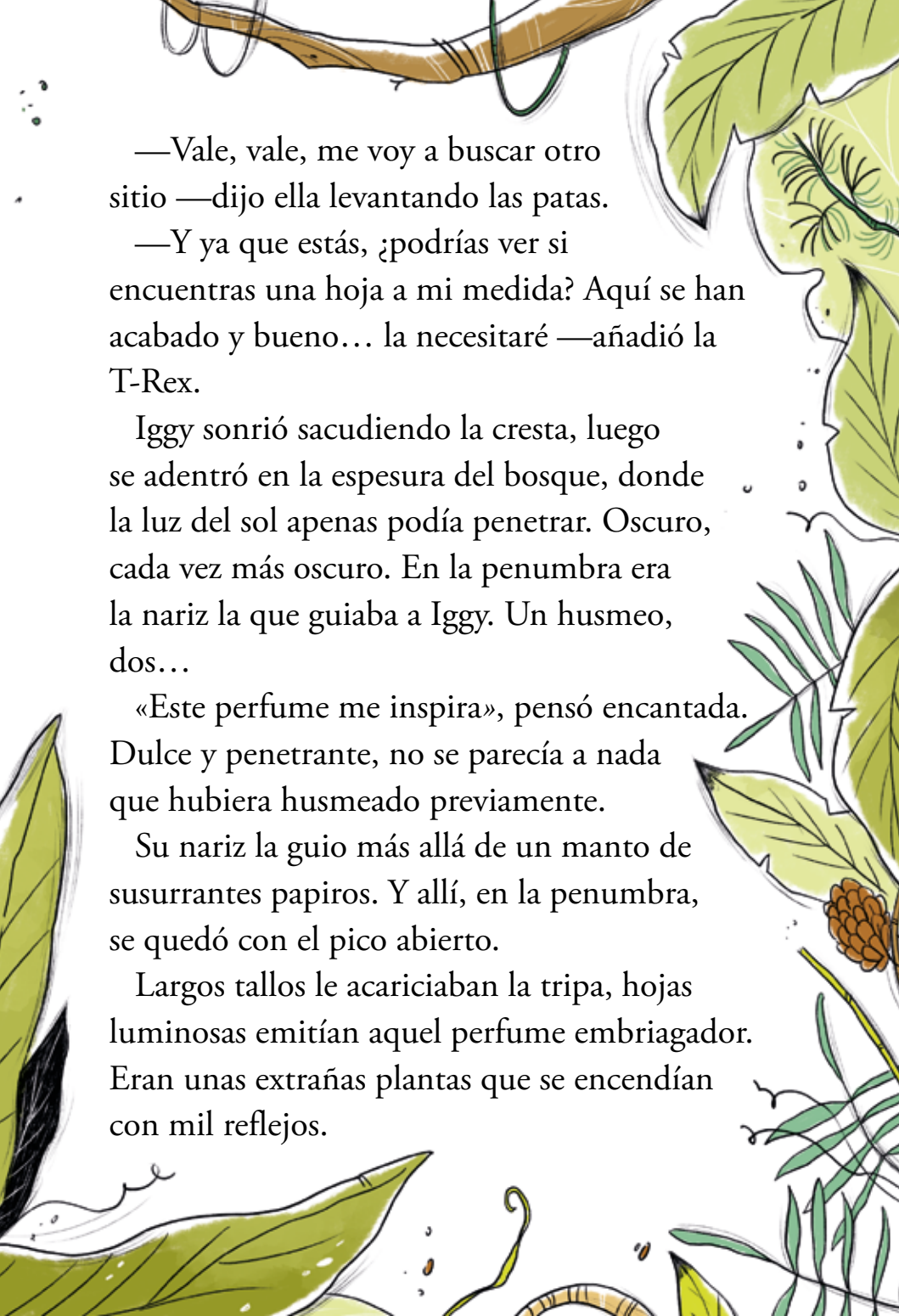
—Qué lata, con estas pequeñas y minúsculas patitas contrahechas todo es tan difícil —resopló Regina, con la pelusa de la cabeza asomando por encima del arbusto grande—. ¡Cómo me gustaría no tener que hacerla todos los días!

—¡Pues a mí me gusta! —rebatíó Iggy—. En estos momentos es cuando me vienen las mejores ideas. Por ejemplo, Cráneo me acaba de decir que necesita que le eche una pata...

—¿Por qué? ¿Tu amigo inventor está construyendo algo nuevo? —preguntó Trocco, forzando la voz por el esfuerzo.

—Le han pedido que encuentre la forma de acelerar el crecimiento de las plantas —respondió la joven iguanodonte—. En Valle Soñoliento ya somos tantos que cada día necesitamos más comida. Por eso...

—Iggy, es muy interesante. Pero... aquí estamos tratando de concentrarnos —la interrumpió Regina.



—Vale, vale, me voy a buscar otro sitio —dijo ella levantando las patas.

—Y ya que estás, ¿podrías ver si encuentras una hoja a mi medida? Aquí se han acabado y bueno... la necesitaré —añadió la T-Rex.

Iggy sonrió sacudiendo la cresta, luego se adentró en la espesura del bosque, donde la luz del sol apenas podía penetrar. Oscuro, cada vez más oscuro. En la penumbra era la nariz la que guiaba a Iggy. Un husmeo, dos...

«Este perfume me inspira», pensó encantada. Dulce y penetrante, no se parecía a nada que hubiera husmeado previamente.

Su nariz la guio más allá de un manto de susurrantes papiros. Y allí, en la penumbra, se quedó con el pico abierto.

Largos tallos le acariciaban la tripa, hojas luminosas emitían aquel perfume embriagador. Eran unas extrañas plantas que se encendían con mil reflejos.

«Quién sabe qué serán. No las he visto jamás», se sorprendió, con los ojos maravillados. «¡Eh! ¡Una de las plantas se mueve!».

Pero no era una planta.

Tiesa, con una pata levantada y el hocico concentrado, se erguía una cría de dilofosaurio. Su collar membranoso desplegado se mimetizaba con la vegetación.

—Perdona, Lord. Termina con calma.

Él se recompuso al instante.

—No *estadás* pensando que yo...

¡*Pod* supuesto que no! —Y abanicó el collar con desdén—. Yo no *poduzco esquementos*. Menuda *vulgadidá*.

—¡Todos lo hacen!

—*Pedo* yo no. Solo estaba *admidando* estas plantas tan *dadas*. ¿No te *padecen* muy *paticulades*?

—Son estupendas —estuvo de acuerdo Iggy—.



Me quedaría aquí contigo para examinarlas
juntos, pero...

«¡BLOOOARB!». Su tripa quejicosa la llamó al
orden.

—*Pod favó*, lleva tu *tasedo* lejos de mí —dijo
Lord arreglándose disgustado la cresta.

Iggy no se lo hizo repetir dos veces. Corrió
hasta el prado de las Colas de Caballo
Ociosas...

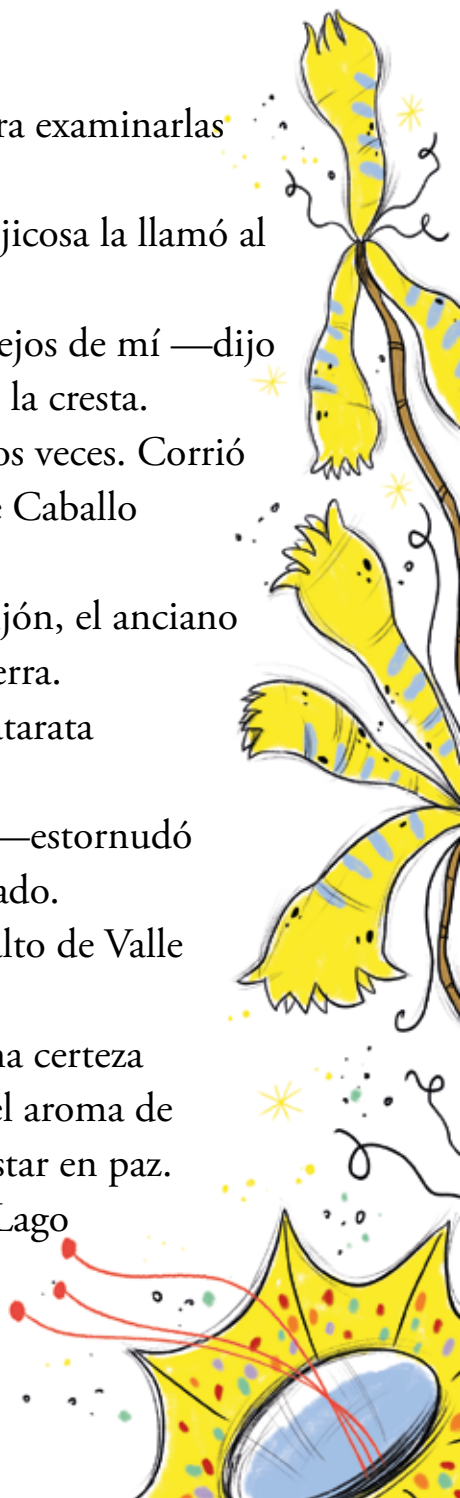
—¡Ocupado! —chilló Aguijón, el anciano
espinosaurio exgeneral de guerra.

... y a continuación a la Catarata
Caterina...

—Ocu... ¡ACHÍS!... pado! —estornudó
Moco, el parasaurólofo resfriado.

... para llegar al pino más alto de Valle
Soñoliento.

—Las piñas siempre son una certeza
—sentenció Iggy inhalando el aroma de
resina—. Aquí abajo podré estar en paz.
Y hay una hermosa vista del Lago
Letargo.



—Cómo te equivocas —pio una vocecilla desde arriba. Aguda e irritante.

Iggy levantó el hocico hacia la cría de *Compsognathus* color verde vómito, encaramada en una rama sobre su cresta.

—¡Oh, noooo! ¿Pupo, te falta mucho?

Por toda respuesta el otro descargó en el suelo una ráfaga de...

—Pequeños proyectiles malignos —comentó Iggy poniéndose a cubierto—, iguales al que los produce.

—Nadie te ha dicho que esperaras ahí abajo —chirrió Pupo con acidez.

—¿Y dónde quieres que vaya? —Iggy se retorció la cola con las garras porque se le escapaba—. No hay más sitios libres para hacerla, ¡Valle Soñoliento está demasiado poblado!

—Dices que no queda espacio... —susurró Pupo entre la fronda—. Estoy de acuerdo contigo.

—¿Qué?! —exclamó Iggy maravillada.



Un salto, y Pupo pasó de la rama a su cabeza.
—El árbol es todo tuyo, comepiñas —le dijo mirándola de arriba abajo.

Luego salió corriendo y su carcajada hiriente se perdió en el bosque.

—Me ha dado la razón... —Iggy abrió unos ojos como platos—. Es un asunto sospechoso, mejor seguirle.

Pero...

«¡BLOOOARB!», atronó su tripa.

—¡Por todas las piñas! Mejor otro día.

